

LA ISLA OLVIDADA

Este no es un relato de alguien especial, solo el de alguien a quien el destino le guardaba algo especial. Yo era solo un chico de 21 años que había dejado la universidad casi un año antes y estaba trabajando en una cafetería. Cada día era para mí igual que el anterior y el siguiente.

Como cada viernes, salía del trabajo junto con mis compañeros a las 23:00, no sin antes haber barrido hasta el último centímetro de suelo y fregado todos los platos y tazas.

Yo no era más que un chaval. Alguien sin proyectos personales ni ambiciones, pero, no sé por qué, yo les caía bien a mis compañeros de trabajo.

Aquella noche no parecía ser como los demás viernes. Parecía como si fuese a pasar algo especial. Los del trabajo se arreglaron más de lo habitual.

Yo no me acordaba, lo había olvidado por completo, pero aquella noche celebrábamos que ya hacía un mes que habían despedido al cabrón de Lucas, el antiguo encargado. A mí me caía especialmente mal y yo a él tampoco le gustaba. Ese capullo no necesitaba razones para empezar una riña y para qué engañarnos, yo tampoco.

Acabamos en una taberna con cerveza muy barata. Como de costumbre, más tarde, la noche acababa en el restaurante de comida rápida más mugriento de la ciudad. No recuerdo qué comí o si llegué a hacerlo, pero acabé teniendo una charla muy íntima con una chica, Mandy.

Después de todo, la noche iba a acabar bien. Yo no podía quitar ojo de los labios de Mandy. La cerveza empezó a hacer estragos. Ella me hablaba de su infancia, de viajes que le gustaría hacer, de antiguas mascotas, de su familia y muy en especial de un pariente francés viajero que le dejó no sé qué libro en herencia. Pero yo estaba muy borracho y no podía prestar toda la atención que me hubiese gustado a sus palabras.

Acabamos los dos en su piso. Joder, iba a conocer su casa. Sería la mejor de las casas, sin duda. Estábamos sentados cómodamente en su sofá. Ella seguía hablando y yo seguía luchando por escuchar lo que me decía. Ojalá hubiese escuchado lo que me tenía que decir. Cuanto más sueño tenía yo, más apasionadamente hablaba ella. Acabó sacando una especie de mapa. Seguía hablando y yo apenas pude entender algo de una isla. A esas alturas pensé que era una chica un poco rara pero no parecía alguien de quien se pueda desconfiar. Cuando ya no podía más le dije a Mandy que parecía una buena historia pero que necesitaba dormir un poco. Ella me ofreció el sofá y se fue a su habitación. Cuando se marchaba me dijo "oye, buen viaje". Pensé que ella también

estaba borracha y me hizo reír. Yo solo le lancé un gruñido para que entendiera que la había escuchado. Ojalá le hubiese hecho más caso.

Yo tenía la peor resaca de mi vida. Estaba despierto, pero no podía abrir los ojos. Pensé en el jodido Lucas y me alegré de no tener que verle la cara a ese mamón. Había muy poca luz. En mi casa solía dejar pasar un poco de luz para encontrar el móvil y las zapatillas al despertarme. Empecé a pensar que estaba soñando, pero entonces recordé dónde había pasado la noche.

Me entraron unas ganas terribles de ir al baño, pero el dolor de cabeza casi me impedía moverme. Yo seguía con los ojos cerrados. Tarde o temprano tendré que despertarme, pensé, así que me incorporé, no sin dificultades. Por fin abrí los ojos. Seguía sin poder ver nada.

Ni siquiera estaba vestido y tenía una sensación muy extraña. Me costaba reconocer mi propia piel al tacto. Yo solía tener el pelo mucho más corto. De hecho tenía más pelo por todo el cuerpo. O eso creía recordar. Pensé pedir ayuda. Ningún sonido parecía querer salir de mí. No recordaba las palabras necesarias y tampoco me acordaba de mi propio nombre. ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? Me puse a pensar nerviosamente. Podía acordarme de otras personas, pero no sabía cómo las conocí.

Traté de recuperar la calma. Empecé a caminar y conseguí ver algo. Un poco de luz y algo de color. Más allá, lo que parecía ser un árbol, aunque estaba todo muy oscuro. No se parecía a ningún árbol que hubiese visto antes, aunque no estaba seguro de nada en ese momento. Intenté volver pero algo me lo impedía. Llegué al lado del árbol. Desde ahí podía ver muchos más árboles, incluso desde donde venía. La oscuridad de la que yo provenía ahora eran kilómetros de bosque, pero yo no sentí miedo o inseguridad en ese momento. No sentí nada.

Seguí caminando hasta que una gran caída me impedía avanzar. Hasta aquí ha llegado la aventura de mi vida, pensé. Después de unos minutos buscando la mejor manera de seguir, desistí en mi intento por bajar, pero de repente empezó a llover tan fuerte que pensaba que me acabaría ahogando en aquella jungla. Todo parecía perdido para mí. Al final del precipicio, a mucha velocidad, comenzó a concentrarse una gran cantidad de agua. Yo sabía cuál era la profundidad de esta especie de lago que se acababa de formar. No sabía por qué, pero tenía que saltar. Estaba convencido de que no tenía otra opción. Así que después de golpearme el pecho y la cabeza con los puños nerviosamente, en un acto de rabia y desesperación, me armé de valor y salté.

El agua me impulsó hacía la orilla. Una vez salí del lago, bebí tanta agua como mi cuerpo fue capaz y cuando terminé, el agua se deslizó por un riachuelo. Al marcharse la escuché como pronunciaba unas palabras, aunque solo pude entender unas pocas: sigue siempre hacia delante, el pasado ya nada tiene que ver contigo. No la volví a ver más. Esa agua me salvó la vida y se fue, pero yo no se lo pude agradecer. Quizás tampoco habría sabido cómo. Tenía que seguir mi camino. El paisaje comenzaba a suavizarse, descubrí árboles en los que crecían manzanas y plátanos por igual y una gran variedad

de flores y animales que parecían darme la bienvenida con sus amistosos cantos. Aquel debía ser el lugar del que yo procedía, seguro. Los árboles parecían apartarse cuando yo pasaba a su lado, aunque si este era mi bosque, yo ya no podía permanecer allí, el pasado ya no me pertenecía.

Salí del frondoso bosque y llegué al lugar del que debía proceder el calor y la sed. Aunque el calor no venía acompañando al día y al sol, sino a la noche y las estrellas. Solo podía ver inmensas montañas de arena. Solo recuerdo la lluvia cuando el sol estaba presente, aunque no era agua lo que llovía. No recordaba de dónde venía, pero podía recordar mi nombre, aunque no sabía qué significaba ese nombre, no sabía quién era y perdí la capacidad de imaginar algo más allá de aquel desierto. Sólo tenía un nombre y montañas por recorrer. Seguí caminando tanto tiempo que aún hoy no podría decir cuánto.

Cuando vi un árbol no supe qué hacer. Al principio me asusté y pensé huir, aunque no sabía si esa figura extraña podría alcanzarme. Me quedé mirándola hasta que la imagen cobró sentido e incluso pude sentir cómo cambiaba de forma en mi mente. Empecé a correr tratando de alcanzarla, cada paso parecía más largo que el anterior, aunque acabé alcanzándola. No sentía hambre, ni sed, pero ahora al menos sabía qué significaba tener hambre y sed. Un agua cristalina que se movía suavemente me tocó los dedos de los pies, que también volvieron a mis pensamientos. Miré en todas las direcciones. Estaba solo, el desierto se había esfumado y no me dejó despedirme. Por fin pude nombrarlo. Recuperé mi imaginación, pero no pude darle las gracias por hacerme ver lo afortunado que había sido hasta ahora, pues conocía las letras y las palabras, conocía los colores y las formas y nunca antes lo había apreciado.

La arena era ahora agua y unos pocos árboles habían aparecido acompañando al sol. Debía ser una isla. Otras islas compartían el mar. Estaban muy alejadas para ir a nado de una a otra un mismo día, así que de momento debía elegir una de ellas y probar suerte. En la que yo me encontraba no parecía poder alimentarme por mucho tiempo ni parecía estar civilizada, tenía que seguir adelante. Pensé en un bote. Conseguí afilar unas piedras y con parte de árboles flexibles fabriqué herramientas que me permitieron aprovechar la escasa madera de la isla y construir una barca. Cada árbol que mataba me producía un dolor terrible. Con cada cuchillada que le propiciaba me sentía más débil. Parecían lamentarse cuando los anudaba unos a otros formando lo que sería el bote que me iba a salvar la vida, así que utilicé pocos de ellos y los traté con cuidado durante el viaje.

Me decidí por la isla más grande de todas, la que yo pensaba que sería la más abundante en alimentos. Conseguí llegar a la nueva isla dejando atrás el mar y la isla que fue mi casa durante el escaso tiempo que estuve en ella y que me acogió como si hubiese nacido allí. Volví la vista, pero una vez más, la isla no existía y no me pude despedir de ella ni agradecerle lo que hizo por mí. Me ofreció un vínculo con los árboles y yo a cambio le quería prometer que a partir de aquel momento los protegería, pero ella ya no podía escucharme.

Empecé a observar la nueva isla mientras llegaba a la orilla. No parecía demasiado buena opción una vez allí, aunque decidí explorarla. Pasaron días y cada vez parecía más grande. En aquella isla nunca era de noche y cada día llovía un poco durante la mañana. Acabé descubriendo un lugar en el que podría quedarme por un tiempo. Era una especie de valle muy frondoso. Ni siquiera podía ver el suelo, pero parecía una buena opción para establecerse. A medida que me acercaba empecé a escuchar unos ruidos. Al principio no entendía nada, pero debía seguir avanzando, y según me acercaba empezaba a comprender aquellos ruidos.

Había encontrado más gente como yo. Al principio no entendía qué me decían. Poco a poco empecé a entenderles y pude volver a comunicarme. Me ofrecieron comida y me enseñaron dónde estaban instalados. Yo no lo podía creer. Me costó mucho relajarme e instalarme, de hecho no me fiaba de ellos al principio, pero acabé adaptándome más rápido de lo que pensaba. A los pocos días recordé a las mujeres, pero no veía ninguna en aquella especie de tribu. Les pregunté por ellas y cambiaron de tema, noté que no se sentían a gusto hablando de ello. Tampoco veía gente demasiado joven. En realidad eran todos bastante mayores. Empecé a preguntar hasta que di con alguien que me habló de las mujeres, aunque lo hacía desganado. Me contó que llegaron todos juntos, pero que no podían tocarse al principio, y que después no conseguían mirarse. Finalmente acabaron odiándose unos a otros aunque no sabían por qué, y su deseo hacía ellas en realidad era mayor cada vez. Las mujeres tenían su lugar en la isla, eran muchas más y parecían estar más preparadas para un enfrentamiento que los hombres. Yo nunca me posicioné y no tardé mucho en irme de allí, por supuesto. Aproveché el bote, que aún resistía el paso del tiempo aunque a mitad de camino uno de los troncos se fue a la deriva. Esta vez sí me pude despedir de él.

Después de un duro viaje, con tormentas y noches muy largas llegué a una isla en la que solo había mujeres. Era un número bastante reducido. Yo no conseguía entenderlo, pero estas mujeres que eran las más bellas que había visto nunca no me atraían, con lo que decidí marcharme hacia la única isla que estaba lo suficientemente cerca como para intentar llegar hasta ella. Esta vez fui a nado, aquellos troncos amigos míos ya habían ayudado suficiente y les dejé allí disfrutando del sol con aquellas mujeres.

Cuando llegué, me encontré con una isla en la que sólo había hombres y rara vez salía el sol. Cuando llegué, volví la vista orgulloso para ver el camino que había conseguido recorrer a nado, pero parecía haber muchos más kilómetros de distancia de una isla a otra que al principio. Pensé que jamás podría volver. Debía seguir mi camino.

A la mayoría de los hombres les atraía otro miembro de la isla, pero otros querían ir a la isla de las mujeres. Nadie lo decía abiertamente por temor a ser juzgados, ya que allí amar a una mujer estaba mal visto. Yo, que no sentía atracción por ninguno de ellos, conseguí ser amigo de algunos de ellos y les ayudé, o eso creí yo, a expresar sus sentimientos hacia las mujeres. Por desgracia la isla se acabó dividiendo, con lo que yo decidí marcharme.

El momento de mi llegada a esta isla fue desolador. Se había marchado la sensación que me empujaba a seguir hacia delante. Caí rendido de rodillas en la arena, que me acariciaba los pies y me recordaba el momento en el que dejé el desierto atrás. Había vuelto a ser yo. Lo podía recordar todo. Recordaba a mis padres y mis antiguos compañeros de colegio. Recordaba el nombre de mi calle y el de mi gato, pero no conseguía acordarme por qué tenía que llegar a esa isla. Estaba hundido.

Ahora echo la vista atrás y en realidad nunca lo supe, pero siempre había un viento en mi espalda que me empujaba y siempre había algo que me hacía querer descubrir mi destino siguiente. Todo eso se había esfumado.

Vi gente acercándose a mí con caras de preocupación. Estaba magullado, había perdido mucho peso y toda expresión se había borrado de mi cara. No quería que nadie viniera. Sólo quería quedarme allí. Pero acabaron viniendo. Un hombre y una mujer me cogieron en brazos y me llevaron hasta la sombra de un árbol, donde me dieron agua. Esta vez fueron ellos los que no me entendían a mí al principio. Tenían cabañas, cultivos y unas especie de camas que me hicieron pensar que llevaban mucho tiempo en esta isla.

No consigo recordar mis dos primeras semanas aquí. Las pasé en cama prácticamente todo el tiempo y recibí muchas visitas. Hay muchos niños y también mayores. Después de mi primera semana en pie, puedo decir que este es mi hogar. Aquí todos colaboran los unos con los otros. Las mujeres y los hombres se respetan y no existen diferencias entre nosotros. Desde el primer día que llegué aquí solo me han hecho una pregunta y fue para saber qué cama me gustaba más. Cuando les intenté decir mi nombre, me dijeron que ese ya no era yo. Que aquí no hay nombres ni edades o clases.

Me gusta observarlos cuando ellos creen que no los miro. Hoy voy a empezar a cultivar patatas. Un río baña los cultivos en el interior de la isla, en la que conseguimos toda el agua que necesitamos. Hace algún tiempo que consiguieron elaborar papel y tinta. Empiezo a recordar mi viaje por el desierto, así que, ahora que termino este relato, voy a por más tinta. El desierto me espera.